

018. Jesucristo, el Sol indeficiente

Decir que Jesucristo es un SOL no es decir nada nuevo. Es repetir con otra palabra lo que dijo el mismo Jesús en el Evangelio:

- *Yo soy la luz del mundo.*

Jesús miraba lo que mana de la fuente: la luz. Nosotros miramos la fuente misma. Y decimos esto: que Jesús es el SOL del mundo.

Así lo llamó, ya antes de que naciera, el bueno de Zacarías en la visita de María a Isabel:

- *Viene a visitarnos desde lo alto un SOL naciente (Lucas 1,78)*

Hoy, vamos a desarrollar algo la idea que nos da esta imagen tan bella del Evangelio.

Jesús nos es tan necesario para nuestra vida eterna como lo es el Sol para el mundo. Ponemos una comparación muy expresiva.

Si el Sol se apagara de repente, estaríamos todavía en la Tierra disfrutando de la luz, del calor y de la vida durante ocho minutos y unos cuantos segundos, que es el tiempo que tarda en llegarnos la luz del Sol. Gozaríamos, por esos momentos nada más, de la luz que ya había salido del Sol antes de que se produjera el apagón. Entonces mismo, la muerte haría su entrada galopante y triunfal en nuestro planeta, y al cabo de un rato no quedaría en él ni un rastro de luz o de vida. La Tierra se habría convertido en una tumba oscurísima y fría, enseñoreada por la muerte más cruel y espantosa.

Esto es lo que ocurriría con la Humanidad si Jesucristo dejara de emitir su luz y su calor. La vida de Dios en nuestras almas sería un imposible.

Y, lamentablemente, en una gran parte del mundo se corre serio peligro de sufrir ese apagón del Sol, que es Jesucristo. Nos remitimos a una palabra muy grave del Papa Pío XI, que miraba el futuro con seria preocupación. Dirigiéndose a los predicadores de las misiones cuaresmales en Roma, les decía con rostro grave:

- *Nuestro mundo está entrando en la noche; se oscurece el sol y se están apagando las estrellas en las conciencias. Los hombres de hoy están perdiendo la orientación hacia el Cielo; el mundo actual avanza hacia el paganismo.*

Eso ocurre cuando a Jesucristo se le deja de lado en nuestras vidas. Por el contrario, cuando Jesucristo es conocido y vivido, Él hace realidad lo que expresaba en su oración al Padre:

- *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado al mundo (Juan 17,3)*

Si entendemos bien esta palabra de Jesús, pronto nos damos cuenta de que hacer conocer a Jesucristo es hacer que la luz de Dios se difunda por doquier. Jesucristo entonces se convierte en nuestra luz, en nuestra vida, en nuestra alegría.

En nuestra **Luz**, primeramente. Porque nos hace ver todas las maravillas obradas por Dios para nuestra salvación, y nos deja entrever ya la Gloria futura.

Sin la luz que es Jesucristo, nos pasaría igual que si nos metieran en el salón de un palacio real, como el de Versalles en París o el de Oriente en Madrid, o en la Capilla Sixtina de Roma, pero cerradas las ventanas y apagadas todas las luces. Tanta magnificencia, tan deslumbrante belleza de lámparas, cuadros y tapices, y tan descomunales pinturas no nos dirían nada, porque no podríamos verlos.

Jesucristo es Luz porque nos enseña toda la verdad de Dios. Adoctrinados por Jesucristo, no cabe en nosotros el error. Por eso se atreve a decir Jesús lo que ningún otro fundador de religión se ha atrevido a decir nunca:

- *Quien me sigue no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida (Juan 8,12)*

Entonces Jesucristo se convierte también en **Vida**. Sin el Sol no se da la vida en la Tierra. Y lo mismo le pasa al que vive alejado de la verdad y de la gracia de Jesucristo: está muy enfermo, muerto quizá.

Mientras que rebosa vida y salud el que está de continuo bajo el influjo de Jesús, ese Sol divino que nos ilumina y nos calienta siempre.

Jesucristo, finalmente, será nuestra **Alegría**. Viviendo a oscuras, no se puede ser feliz. La alegría se da donde hay vida, belleza, salud, fiesta y música delirante... El amor enseña a cantar, y, con Jesucristo, conocido, amado y vivido, se experimenta una felicidad que ni siquiera sospechan los que ignoran al Salvador del mundo o se han apartado de Él.

A éstos les pasa como a aquel preso encerrado en una celda de máxima seguridad, de la cual nunca salía él y en la que no entraba apenas un rayito de luz tenue. Le visita el capellán, y se le ofrece a pedir algo en su favor a las autoridades del penal:

- *¿Qué les pido?*

- *¿Que me dejen salir al menos un ratito al sol!...*

Por boca de este detenido hablaba una multitud de hombres y mujeres que viven alejados de Cristo. Inconscientemente, nos van gritando: *¡Haced que la luz de Jesucristo nos ilumine también a nosotros!...*

¡Cristo Jesús!, Sol que difundes a raudales tu luz en el mundo. Que ninguna sombra de error oscurezca tus esplendores en el cielo de nuestras almas. Si Tú te ocultases, ¿quién nos daría la luz, nos comunicaría la vida, y alegraría nuestros corazones?...